

Programa de Formación Permanente

2019 Creadores de comunión

3. La Trinidad, arquetipo de la comunión en San Agustín





LA TRINIDAD, ARQUETIPO DE LA COMUNIÓN EN SAN
AGUSTÍN.
JN 17,11 EN EL *DE TRINITATE*

Conflare animos et ex pluribus unum facere¹.

I. INTRODUCCIÓN

Entre los grabados que Schelte a Bolswert (1586-1659) hizo sobre la vida de san Agustín en el siglo XVII, hay uno que llama particularmente la atención. Se trata de una imagen en donde aparece, en un primer plano, san Agustín, quien se encuentra delante de un libro abierto mientras sostiene relajadamente una pluma en la mano derecha. Esta primera imagen no es particularmente impactante. La que sí resulta llamativa es la de una mujer que se ha colado en la habitación y es representada alargando su mano derecha para tocar al Santo Doctor.

En la parte izquierda del grabado, y en un segundo plano, aparece lo que es la explicación de la representación principal. En esta escena se puede ver a san Agustín celebrando la misa y elevando la hostia consagrada. En ese momento, según cuenta la *Leyenda Áurea* de Jacobo de la Vorágine, esta misma mujer tuvo un éxtasis y pudo ver al santo junto al misterio de la Santísima Trinidad. En ese

¹ *conf.* 4, 13. CCL 27, 47/23.

mismo instante, una voz le dijo que san Agustín no le había prestado atención el día anterior porque se encontraba en éxtasis, contemplando el misterio de la Santísima Trinidad, como ella misma lo había visto. Esa misma voz le dijo también que, después de la celebración de la misa, ella podía ir a verlo y que este la recibiría con gusto para responder a sus dudas.

Por otro lado, la *Leyenda Áurea* nos cuenta que la mujer era una viuda que había entrado en la habitación para consultarle y, al verlo inmóvil y sin respuesta, se había atrevido a acercarse a él y tocarlo. No obstante, al no verlo inmutarse, pensó que lo hacía a propósito y que su propia santidad le impedía ver de frente a una mujer. Su idea cambió al día siguiente, cuando ella misma, durante la celebración eucarística, había contemplado y escuchado lo dicho anteriormente².

Esta leyenda agustiniana refleja un elemento fundamental para san Agustín. El Dios del cristianismo no es un Dios unipersonal ni solitario, sino un Dios que, dentro de la unidad de la sustancia, tiene tres personas. Este misterio es, según el pensamiento agustiniano, el central de la fe cristiana y la vida del creyente se desarrolla y crece a la luz de su conocimiento y experiencia. En él, la diversidad no crea rupturas, sino que fomenta la riqueza y variedad, y la fuerza del amor, personificada en el Espíritu Santo, es el vínculo irrompible que mantiene la unidad en la pluralidad; o, por decirlo con palabras agustinianas, puede *ex pluribus unum facere*³, pues: “Donde no hay envidia, la diversidad es armoniosa”⁴.

Y la Trinidad se vuelve no solo la clave para la vida cristiana, sino también para la misma vida monástica. La evolución de las ideas de lo que es la vida monástica en san Agustín sigue un itinerario particular a través de diversas etapas. No obstante, desde la perspectiva trinitaria, esta evolución cuenta con dos fundamentales y fundacionales. En la primera, san Agustín se inspira, según algunos especialistas, en el texto de Mt 19, 21, imitando el ejemplo de san Antonio⁵ y colocando el desprendimiento exterior e interior como una condición esencial del seguimiento de Cristo. Se trata de una etapa que ilumina el primer momento de la vida en el monasterio de Tagaste, así como una primera fase del así llamado ‘Monasterio del Huerto’⁶.

A partir del año 396, fecha en la que recibe la carta 30 que le envía san Paulino de Nola, el pensamiento agustiniano cambia. La carta del santo obispo de Nola es como un revulsivo que le hace caer en la cuenta de la importancia que tiene el texto de Hch 4, 32 y la lectura comunitaria y dinámica que este texto puede tener. De hecho, en dicha carta Paulino se refiere a los dos monjes –de nombres sugerentes:

² Cf. Jacobo de la Vorágine, *Leyenda Áurea*, 8.

³ *conf.* 4, 13; *ep.* 243, 4.

⁴ *uirg.* 29. CSEL 41, 267/9: “*Ubi enim nulla est invidentia, concors est differentia*”.

⁵ Cf. *conf.* 8, 14.

⁶ Cf. *Vita Augustini* 3: “*intra ecclesiam*”.

Romanus y Agilis (*nomen omen est*)– que le han llevado la carta a san Agustín desde el sur de Italia hasta Hipona. San Paulino señala que ambos viven de tal manera unidos a la comunidad que tienen un solo corazón y una sola alma en el Señor, con todos los demás miembros de la comunidad⁷. Estas palabras impresionan de tal manera al Hiponense que, a partir de esa fecha, la gran mayoría de las veces que cite Hch 4, 32 lo hará añadiendo las palabras que san Paulino había escrito en su carta.

No obstante, san Agustín llevará a cabo dos correcciones a esta paráfrasis del texto de Hch 4, 32. En primer lugar, invertirá los términos, pues colocará primero la palabra *anima* (alma) y después la palabra *cor* (corazón), para acentuar que lo más importante debe ser lo que se diga al final –es decir, el afecto y el amor–, que hace que todos los miembros de la comunidad se unan por la fuerza de la caridad. Y, en segundo lugar, el sentido pasivo de la expresión *in Domino* (en el Señor) del elegante latín del discípulo del celebrado poeta latino Ausonio, será cambiado por san Agustín al introducir un sesgo dinámico y activo, colocando la expresión *in Deum* (dirigidos hacia Dios). Con ello el obispo de Hipona expresa la dinamicidad del amor, su fuerza difusiva, así como la índole de *peregrinatio* que tiene la vida cristiana y la monástica.

En el presente artículo me centraré en esta segunda etapa de la comprensión monástica agustiniana, para presentar lo que denomino el ‘arquetipo de la comunión’, que no es otro que la Trinidad; y a partir de las reflexiones que san Agustín nos propone en el *De Trinitate*, particularmente en los libros cuarto y sexto, así como en otras obras suyas, buscaremos algunas pistas para edificar hoy la comunión dentro de nuestras comunidades agustino recoletas.

II. UN ARQUETIPO Y PROTOTIPO DE COMUNIÓN

Siguiendo la teoría semiótica clásica, que distingue entre el arquetipo, el prototipo y el estereotipo, comenzaré por señalar que san Agustín, a partir del año 396, descubre que el arquetipo de la comunidad es la Trinidad. Se trata de una comunión perfecta que se debe reflejar, con las imperfecciones propias de los seres humanos, en toda comunidad terrestre. Por ello, para nuestro autor el texto de Hch 4, 32, donde san Lucas refiere la primitiva comunidad de Jerusalén, se vuelve un prototipo, se convierte en una primera vivencia y aplicación de los principios propios del arquetipo, que es la perfección trinitaria. Y en un tercer lugar existe el estereotipo, que es un modelo segundo a partir del prototipo, y como tal designaremos a nuestras propias comunidades, que tienen como punto de partida y

⁷ Literalmente san Paulino le dice: “*Sunt enim, velim credas, unum cor et una in Domino anima nobiscum*” -ep. 30, 3 (inter agustinianas)-.

arquetipo la Trinidad, como prototipo o primer modelo humano la comunidad de Jerusalén y como estereotipo su propia vida cotidiana.

De este modo, el arquetipo de la comunión no es otro que el de la comunión intratrinitaria. San Agustín, dentro de los libros IV y VI del *De Trinitate*, hace un acercamiento particular a este misterio para acentuar, ante todo, la unidad en la diversidad, así como los caminos para poder edificar la comunión. Aunque la reflexión agustiniana parte en el primer libro de un punto esencialmente cristológico, las disquisiciones se van orientando poco a poco hacia la reflexión trinitaria, iluminada con un texto esencial, Jn 17, 11: “Ut omnes unum sint” (para que todos sean uno).

Presentaré, en primer lugar, el contexto de este libro para proponer después las reflexiones que san Agustín hace en torno a la comunión siguiendo las pistas que nos da el texto de Jn 17, 11, y posteriormente haré lo propio con el libro VI, a fin de extraer algunas conclusiones.

III. EL LIBRO IV DEL *DE TRINITATE*

En el libro IV del *De Trinitate* se clarifican plenamente las misiones divinas. No obstante, el libro se abre con una invitación al reconocimiento de la propia miseria y a recurrir al único Redentor y Salvador, que es Cristo, tema de un profundo sabor agustiniano. Cristo es el único Mediador entre Dios y los hombres, nos ha rescatado de la muerte física y espiritual, y nos invita a vivir en unión con Dios.

En este contexto es en el que san Agustín cita Jn 17, 11. Se trata de la primera presentación que hace de él en esta obra y lo hace para mostrar la diferencia que existe entre los elementos que atañen a las personas divinas y aquellos en los que las personas divinas se relacionan con los seres humanos, de tal forma que aquello que se predica de las personas divinas en cuanto a su esencia les atañe a todas, mientras que lo que se dice en un sentido relativo les atañe a cada una de ellas en particular. De este modo, san Agustín explica que lo que pide Cristo en la oración sacerdotal no es que los discípulos formen una cosa sola con la Trinidad (*unum*), esto es, que puedan tener la misma naturaleza divina, como la tienen las personas de la santísima Trinidad, sino más bien que lleguen a ser uno solo (*unus*), que formen un solo cuerpo con Cristo, que es la Cabeza de la Iglesia⁸.

Para poder formar esa unidad en Cristo, san Agustín distingue varios elementos como parte de su glosa a Jn 17, 11. En primer lugar, destaca que la unidad o la comunión en Cristo va más allá de la mera comunión o unidad en la naturaleza, por la que quienes forman la comunidad se reconocen como seres humanos que tienen la misma sustancia humana. Con ello insiste en que la comunión debe ir más allá

⁸ Cf. *trin.* 4, 9, 12.

de los elementos externos y humanos. No se puede edificar una comunión solo a partir de los presupuestos que nos proporcionan una unidad accidental, como pueden ser la raza, la nación o la lengua. Esa es una unidad frágil, pues se basa en elementos accidentales, superficiales, que atañen a los elementos humanos. Se trata de una comunión más profunda y estable, a una comunión en Dios, en donde el Espíritu une las voluntades con su propio fuego.

Aun con todo, san Agustín sabe que la comunión la comenzamos a edificar desde lo que somos, desde nuestra propia situación de personas. De hecho, esta es la materia prima de nuestras comunidades: los seres humanos que deben reconocerse en primer lugar como tales, como señala la comedia del *Heautontimoroumenos* ('El atormentador de sí mismo') de Terencio, y cuyas palabras el Hiponense repite en su obra: "Soy hombre y considero que nada de lo humano me es ajeno"⁹. Por ello el Obispo de Hipona insiste en que este elemento humano es solo un punto de partida, pues desde él estamos llamados a ser como los ángeles, a vivir una vida completamente orientada hacia Dios y en Dios, como es la vida de los ángeles, que leen, eligen y aman siempre y solo a Dios ("Legunt, eligunt et diligunt")¹⁰, como señala el mismo san Agustín en las *Confesiones*. Por ello, el Doctor de Hipona cita en esta coyuntura el texto de Mt 22, 30 ("Se harán iguales a los ángeles")¹¹.

La comunión en Cristo exige algo más que los meros elementos humanos. Estos son solo el punto de partida. Para poder vivir esta unión en Cristo hace falta vivir con un gran acuerdo y armonía. Es preciso orientarse hacia la misma felicidad eterna con una voluntad muy concorde y con un espíritu inflamado por el fuego de la caridad. El texto agustiniano es de una gran riqueza y lo analizaremos parte por parte para destacar todas sus implicaciones:

(Los miembros del Cuerpo de Cristo) Son fundidos por el fuego de la caridad en un espíritu con una voluntad concordísima aspirando con armonía hacia la misma felicidad. A esto se aplica lo que dijo: "Para que sean uno como nosotros somos uno" (Jn 17, 11), ya que de alguna manera el Padre y el Hijo son uno, no solo en la igualdad de la substancia, sino también en la voluntad¹².

⁹ ep. 155, 14: CSEL 44, 445/2. Terencio, *Heautontimoroumenos* 5, 77: "*Homo sum: humani nihil a me alienum puto*". "Terence appears also in some great works dating from the same time as ciu. (...) The much admired rejoinder, Haut. 77: '*Homo sum: humani nihil a me alienum puto*', is used with slight change in the first pamphlet against Iulian. (c. *Iul.* 4, 16, 83), the passage is quoted more fully in a letter from 413-414, with the following remark: *Cui sententiae ferunt etiam theatra tota plena stultis indoctisque plausisse*" (H. Hagendahl, *Augustine and the Latin Classics*, Acta Universitatis Gothoburgensis, Göteborg 1967, 380).

¹⁰ conf. 13, 18. CCL 27, 251/30-31.

¹¹ Cf. *trin.* 4, 9, 12. CCL 50, 177/10-12: "*Unde mundantur per Mediatorem ut sint in illo unum; non tantum per eandem naturam qua omnes ex hominibus mortalibus aequales Angelis fiunt (...)*".

¹² "*In eandem beatitudinem conspirantem concordissimam voluntatem in unum spiritum quodam modo caritatis igne conflata. Ad hoc enim valet quod ait: Ut sint unum sicut et nos unum sumus, ut quemadmodum Pater et Filius, non tantum aequalitate substantiae, sed etiam voluntate unum sunt*" (*trin.* 4, 9, 12. CCL 50, 177/12-16).

La dinámica comunitaria y de comunión queda marcada fuertemente por el verbo *conspiro*, que significa ‘ponerse de acuerdo’ o ‘estar de acuerdo’. Para poder vivir la comunión hace falta el acuerdo de las mentes y de las voluntades, el tener una sola alma (mente) y un solo corazón (voluntad) dirigidos hacia Dios. Este verbo *conspiro* remite a una imagen muy sugerente, que es la de unos instrumentos musicales (particularmente de viento) sonando juntos (*cum-spiro*). Poder vivir en comunión dentro de nuestras comunidades implica ser como una orquesta, en donde cada uno, con el instrumento espiritual de música que ha recibido, con sus dones y carismas, toque la mejor música, procurando hacerlo sonar con armonía y concordia.

Esta imagen musical es muy rica y, por lo tanto, muy socorrida dentro de la patrística, donde la Iglesia misma es comparada con un coro¹³ o, como en este caso, con una orquesta compuesta de instrumentos de viento. Podríamos decir que, cuando un religioso no está en la sintonía de la comunión, su propio instrumento, su propia vida, está en disonancia, desafina con respecto al resto de los instrumentos de la comunidad, tanto local como general de la Orden y de la Iglesia. En este caso se podría tomar el verbo *conspiro* en su segunda acepción de ‘conspirar o preparar una conjura’. Quien se niega a vivir en comunión dentro de la comunidad, y por ello forma su propio grupúsculo, no vive en la concordia de la unidad y la fraternidad de la caridad, sino que hace una conspiración contra los hermanos y contra el mismo deseo de Dios, que no es otro que los discípulos de Jesús «sean uno», como el Padre y el Hijo son uno solo (cf. Jn 17, 11).

Un segundo elemento que destaca del texto agustiniano citado es que, para poder vivir en comunión, en unión con Cristo, hace falta una voluntad muy concorde, un afecto en donde se unan los corazones (*cum-cordis*). En otras palabras, no se puede edificar la comunión dentro de la comunidad si sus miembros no viven un sano *ordo amoris*, pues han alterado dicho *ordo* y, en lugar de poner a Dios en el primer lugar de dicho *ordo*, se han puesto a sí mismos o sus propios intereses¹⁴. Vivir en comunión implica una labor de conversión para reubicar los afectos de la propia voluntad y poder vivir con un solo corazón, no con dos corazones.

Para san Agustín tiene dos corazones el que quiere amar a Dios y, al mismo tiempo, amar al mundo¹⁵. No se puede servir a dos amos, como nos recuerda el evangelio (cf. Mt 6, 24). La construcción de la comunidad implica tener un solo corazón orientado hacia Dios, para poder unir este único corazón que ama a Dios

¹³ Cf. Ignacio de Antioquía, “Carta a los Efesios”, IV: *Lettere d’Ignazio d’Antiochia*, Città Nuova, Roma 2009, 68.

¹⁴ Cf. s. 128, 5: “Amarás al prójimo como a ti mismo. Examina primero si ya sabes amarte a ti mismo y entonces te confío al prójimo para que lo ames como a ti mismo; pero si aún no sabes amarte a ti, temo que engañes a tu prójimo como te engañas a ti”.

¹⁵ Cf. s. 308A, 7.

con los corazones de los hermanos¹⁶. Solo así se puede tener una voluntad muy concorde, un solo afecto y un solo corazón.

Posteriormente el Hiponense nos habla de que estas voluntades dentro de la comunidad se encuentran fundidas en una sola por la fuerza del fuego de la caridad. En esta parte del texto aparece un verbo comunitario fundamental para él, *conflo*, que significa ‘encender un fuego soplando’, o bien, fundir o unir diversas personas¹⁷. Este fuego de la caridad que une no transforma a los seres humanos en seres con sustancia divina, sino que ellos logran ser uno con Dios, con el misterio sustancial de la unión del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, por la fuerza del afecto y de la voluntad. Los hermanos que se empeñan en vivir la comunión comunitaria se unen no solo entre sí, sino que hacen que la comunidad se una en el afecto y en la voluntad, y sea una con la Trinidad.

En vista de la importancia que tiene el verbo *conflo* en la construcción de la comunión dentro de la comunidad, nos detendremos en él para ver su uso en el *De Trinitate*, así como en diversos escritos anteriores a esta obra, y ver las connotaciones comunitarias que tiene.

IV. *EXCURSUS*: EL VERBO *CONFLO*, UN VERBO DE COMUNIÓN

Dentro del *De Trinitate* aparece también este verbo en el libro tercero para hablar de la vida de los bienaventurados en el cielo, cuyas almas están unidas por una paz suprema y por la amistad, y se encuentran fundidos en una sola voluntad por el fuego de la caridad:

Allá (en la patria celestial) la voluntad de Dios, que “hace de los vientos sus mensajeros y del fuego llameante sus ministros” (Sal 103, 4), preside sobre su trono alto, santo, secreto, en su casa en su templo, entre los espíritus que une entre ellos una suprema paz y amistad, y los funde en una sola voluntad como por el fuego espiritual de la caridad (*spirituali caritatis igne conflatis*) (...) ¹⁸.

En este texto advertimos la dimensión y el valor escatológico y testimonial de la comunión. Poder vivir con un solo corazón fundidos por la fuerza del amor es una

¹⁶ Cf. *ep.* 243, 4.

¹⁷ Cf. L. Castiglione y S. Marioti, *Vocabolario della Lingua latina*, Loescher, Torino 2007, 221. La última traducción en castellano de las *Confesiones* pasa de largo este elemento que considero de capital importancia y solo dice: “(...) con tantos otros incentivos, nuestras almas y de muchas se hacía una sola” (*Las Confesiones*, Traducción de José Rodríguez, BAC, Madrid 2013, 116). La traducción italiana no deja de lado el sentido del fuego, del combustible y de la fundición de las almas en una sola: “(...) sono l’esca, direi, della fiamma che fonde insieme le anime e di molte ne fa una sola” (95).

¹⁸ *trin.* 3, 4, 9. CCL 50, 135/3-8: “*Illam ipsam supernam atque caelestem unde peregrinamur patriam cogitemus. Illic enim Dei voluntas qui facit Angelos suos spiritus et ministros suos ignem ardentem, in spiritibus summa pace atque amicitia copulatis et in unam voluntatem quodam spiritali caritatis igne conflatis*”.

realidad que anticipa, de alguna manera, lo que será la vida de los bienaventurados en el reino de los cielos, a la vez que se vuelve un rico reclamo testimonial y vocacional para la Iglesia peregrina.

San Agustín usa también el verbo *conflo* unos quince años antes, al retratar la comunidad que formó con los maniqueos de Cartago:

Otras cosas había que cautivaban más fuertemente mi alma con ellos, como era el conversar, reír, servirnos mutuamente con agrado (*uicissim beniuole obsequi*), leer juntos libros bien escritos, chancarnos unos con otros y divertirnos en compañía; discutir a veces, pero sin animadversión, como cuando uno disiente de sí mismo, y con tales disensiones, muy raras, condimentar las muchas conformidades; enseñarnos mutuamente alguna cosa, suspirar por los ausentes con pena y recibir a los que llegaban con alegría. Estos signos y otros semejantes, que proceden del corazón de los amantes y amados, y que se manifiestan con la boca, la lengua, los ojos y mil otros movimientos agradabilísimos, eran el combustible (*fomitibus*) de la llama que fundía (*conflar*) nuestras almas y de muchas se hacía una sola (*ex pluribus unum facere*)¹⁹.

En este texto de las *Confesiones* podemos ver, entre otras cosas, cómo el verbo *conflo* nos invita a considerar que una comunidad se forma cuando existe amor. El amor es una fuerza o fuego que se aviva mediante una serie de manifestaciones humanas de amistad-benevolencia, y que hace que ese mismo fuego del amor funda las almas de los que conforman una comunidad y así, de muchas almas, se pueda formar una sola (*ex pluribus unum facere*)²⁰.

Pocos años después de las *Confesiones*, en el *Contra Faustum* –escrito hacia el 400-402–²¹, san Agustín vuelve a usar este verbo para hablar de las comunidades monásticas católicas, que se diferencian de los grupos de ‘elegidos’ maniqueos por muchas razones, entre ellas porque tienen todo en común y no tienen sino una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios, fundidos por la fuerza del fuego del amor:

¡Cuántas comunidades fraternas existen donde no tienen nada propio, sino que todo es común, y usan solo lo necesario para el alimento y el vestido, con una única alma y un único corazón dirigidos hacia Dios fundidos por el fuego del amor (*caritatis igne conflantis*)!²².

¹⁹ *conf.* 4, 13. CCL 27, 47/15-24: “*Alia erant, quae in eis amplius capiebant animum, colloqui et corridere et vicissim benevole obsequi, simul legere libros dulciloquos, simul nugari et simul honestari, dissentire interdum sine odio tamquam ipse homo secum atque ipsa rarissima dissensione condire consensiones plurimas, docere aliquid invicem aut discere ab invicem, desiderare absentes cum molestia, suscipere venientes cum laetitia; his atque huiusmodi signis a corde amantium et redamantium procedentibus per os, per linguam, per oculos et mille motus gratissimos quasi fomitibus conflare animos et ex pluribus unum facere*”.

²⁰ Cf. *ep.* 243, 4.

²¹ Cf. P.-M. Hombert, *Nouvelle recherche de chronologie augustiniennne*, Études Augustiniennes, Paris 2000, 29.

²² *ep. Io. tr.* 10, 4. La traducción de la BAC se equivoca, pues traduce el texto como: “Hinchando con el fuego del amor”, confundiendo, a lo que parece, los verbos *conflo* y *confluo*.

En su comentario a la primera carta de san Juan del año 407²³, vuelve a aparecer *conflo* para señalar que los fieles que forman parte del cuerpo de Cristo solo se pueden fundir y unir en una comunión perfecta, como el oro, si se funden con la fuerza del fuego de la caridad:

Y ¿cuáles son los preceptos de Dios? *Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros*. Que nadie se exima de pasar de un amor a otro. Este amor tiene ciertamente esa característica. Como él se funde en unidad, de idéntica manera reduce a unidad a todos los que dependen de él y, siendo fuego, los funde a todos. He aquí el oro; se funde la masa y se convierte en una única pieza. Pero, si no se enciende el fuego de la caridad, los muchos no pueden fundirse en unidad²⁴.

San Agustín señala, una vez más, la importancia de la unidad, de hacer de muchos una sola realidad. Y esto no es fruto de una dinámica humana, sino que es un don de Dios. Solo se pueden fundir las mentes y los corazones por la fuerza del fuego del amor de Dios.

En la *enarratio* al salmo 95, del año 407²⁵, san Agustín pone de manifiesto el poder galénico y redentor de la caridad y de su fuego, que es capaz de curar las fracturas y de volver a unir lo que estaba roto y disperso. En este texto habla del género humano que, en vista del pecado, yacía fracturado por todos los rincones de la tierra, pero que ha sido sanado, convocado y fundido en una sola realidad de nuevo por el fuego y la fuerza de la caridad. Se trata de un texto que nos puede hablar de la importancia de dejar que sea este fuego de la caridad el que cure las rupturas y las fracturas humanas que puedan darse dentro de nuestras comunidades, como un impedimento a la edificación de la comunión dentro de la comunidad. La sanación no procede de medios humanos, ni de dinámicas psicológicas, sino que proviene de Dios, que es quien da la fuerza de su gracia y el fuego de su amor:

Luego Adán se halla diseminado por todo el orbe terráqueo. Se halló en un lugar y allí cayó, y reducido, en cierto modo, a polvo, llenó el orbe de la tierra; pero la misericordia de Dios recogió de todas partes los fragmentos, los fundió con el fuego de la caridad (*et conflavit igne caritatis*), e hizo uno de lo que se había convertido en pedazos. Esto lo supo hacer el Artífice. El que hizo, rehízo (*fecit-refecit*); el que formó, reformó (*formavit-reformavit*)²⁶.

²³ Cf. S. Poque, “Les lectures liturgiques de l’octave pascal à Hippone d’après les Trates de saint Augustin sur la 1er. épître de S. Jean”: *RB* 74 (1964) 217-241.

²⁴ *ep. Io. tr.* 10, 3. PL 35, 2056/25-33: “Mandatum novum do vobis, ut vos invicem diligatis. *Nemo se excuset per aliam dilectionem, ad aliam dilectionem; omnino sic se tenet ista dilectio: quomodo ipsa compaginata est in unum, sic omnes quae ex illa pendent, unum facit, et quasi conflant illos ignis. Aurum est, conflatur massa, et fit unum aliquid: sed nisi fervor caritatis accendat, ex multis in unum conflare non potest*”.

²⁵ Cf. S. Poque, “Trois semaines de prédication à Hippone en février-mars 407. Le Tractatus in Iohannis Euangelium XI et l’appel aux catéchumènes”: *Recherches augustiniennes* 7 (1971) 169-187.

²⁶ *en. Ps.* 95, 15. CCL 39, 1352/12-1353/17: “*Adam toto orbe terrarum sparsus est. In uno loco fuit, et cecidit, et quodam modo comminutus implevit orbem terrarum: sed misericordia Dei undique collegit fracturas, et conflavit igne caritatis, et fecit unum fractum erat. Novit illud facere*

Al final de este texto de la *en. Ps. 95*, san Agustín presenta la labor sanadora de la caridad con el juego de palabras: el que ha hecho ha rehecho (*fecit-refecit*), el que ha formado ha reformado (*formauit-reformauit*). Dios es el que ha hecho y formado la comunión en nuestras comunidades. Si esta se llega a romper, es preciso acudir a él, pues quien la hizo es el único que la puede rehacer, quien la formó es quien la puede volver a formar.

Un aspecto sumamente importante y vinculado al pensamiento comunitario y monástico agustiniano aparece en 412²⁷ en el *s. Lambot 10, 4* (= *s. 136B, 4*), donde la fuerza del amor que funde y une hace que los hermanos que viven en comunidad sean, no solo cada uno de ellos templos de Dios, como señala san Pablo, sino que todos ellos, por la fuerza del amor que los funde en una sola realidad, se convierten en templos de Dios:

Dios obra en la luz y en la oscuridad, en las cosas visibles y en los corazones. Él hace maravillas en su templo cuando las hace en los hombres santos. En efecto, todos los santos se funden en unidad gracias al fuego de la caridad (*caritatis igne conflatur*) y constituyen un único templo para Dios; son un único templo cada uno en particular y todos en conjunto²⁸.

Se trata de una idea que san Agustín ya había presentado dentro de la *Regula ad seruos Dei*, donde al final del capítulo uno no solo hace alusión al texto paulino de 2 Cor 6, 16, sino que sobre todo invita a pensar en lo que el *sermo Lambot 10* especifica con claridad. No solo cada hermano es templo de Dios, sino que la fusión de los hermanos en la comunidad, por la fuerza del amor, los transforma en templos de Dios: “Vivid, pues, todos unánimes y concordés, honrando los unos en los otros a Dios, de quien habéis sido hechos templo”²⁹.

De este modo, para san Agustín la comunidad y la comunión entre los hermanos se convierte en lugar en el que Dios habita. La comunidad se convierte en el templo de Dios. Por ello, todo acto voluntario e intencionado por destruir la comunidad o contraponerse a ella para imponer los propios gustos y aspiraciones, no solo es un acto pecaminoso dirigido contra una comunidad humana, sino que se orienta hacia el Templo de Dios, por lo que, según el pensamiento agustiniano, dicho acto adquiere una gravedad singular al ser equiparado a un sacrilegio. De este modo, quien se opone a la comunión dentro de la comunidad, y deliberadamente rompe con sus actos o con su indiferencia militante la comunión fraterna, atenta contra el templo de Dios y, por ello, comete un pecado sumamente grave, que lleva implícito

artifex ille; nemo desperet: multum quidem est, sed qui sit artifex, cogitate. Ille refecit, qui fecit; ille reformauit, qui formauit”.

²⁷ Cf. E. Hill, *The Works of St. Augustine. A Translation for the 21st. Century, Sermons*, III/4, New York 1992, 383.

²⁸ *s. Lambot 10, 4* (= *s. 136B, 4*). PLS 2, 794/13-19.

²⁹ “*Omnes ergo unanimiter et concorditer vivite, et honorate in vobis invicem Deum cuius templa facti estis*” (*reg.3 1, 8*. Verheijen 420/34-35).

la privación de la recepción del cuerpo de Cristo. Quien no vive como miembro sano del cuerpo de Cristo en su propia comunidad, que es el cuerpo de Cristo, no puede tampoco recibir el cuerpo de Cristo en el sacramento del altar:

Los fieles conocen el cuerpo de Cristo si no descuidan ser cuerpo de Cristo. Sean hechos cuerpo de Cristo si quieren vivir del Espíritu de Cristo. (...) Acérquese, crea, incorpórese para ser vivificado. No sienta repugnancia de la trabazón de los miembros, no sea un miembro podrido que merezca ser amputado, no sea deforme que deba ruborizarse de ello; sea bello, sea proporcionado, sea sano, adhiérase al cuerpo; de Dios viva para Dios; fatíguese ahora en la tierra, para reinar después en el cielo³⁰.

En la *enarratio* al salmo 78, 2, hacia el año 416³¹, san Agustín vuelve a usar el verbo *conflo* en este sentido comunitario y de construcción de la comunión al recordar el ejemplo de la primitiva comunidad de Jerusalén, el prototipo de la comunión. Insiste en que es el fuego de la caridad el que funde las almas y los corazones de los hermanos para formar una sola realidad:

Asimismo de este pueblo son aquellos que, después de la resurrección, fueron bautizados en un día tres mil y en otro cinco mil, y que el fuego de la caridad los fundió en un solo corazón y en una sola alma (*in animam unam et cor unum caritatis igne conflati*); y nadie de ellos llamaba propia a cosa alguna, sino que todo lo tenían en común; y de aquí eran también los santos diáconos, uno de los cuales, Esteban, fue coronado con el martirio antes que los Apóstoles³².

En este texto llama la atención el uso del texto de Hch 4, 32, ya que lo hace siguiendo la versión lucana –y no la agustiniana–. El orden de los elementos es el lucano y no añade el suplemento agustiniano del *in Deum*, tan propio de otras ocasiones en las que cita dicho versículo.

En el s. 284, del 418³³, el verbo *conflo* aparece como una medicina contra el mal de la dispersión que pueden sufrir nuestras comunidades y nuestros religiosos, que, reclamados por muchas responsabilidades pastorales y muchos factores mundanos, pueden acabar perdiendo el rumbo y la identidad. Es entonces cuando el fuego de la caridad debe afianzar la comunión dentro de la comunidad para que todos tengan una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios, buscando las cosas eternas y no las terrenas (cf. Col 3, 1). Por ello san Agustín cita el texto de Flp 3, 13, que será

³⁰ *Io. eu. tr.* 26, 13. CCL 36, 266/10; 266/28-267/33: “*Norunt fideles corpus Christi, si corpus Christi esse non neglegant. Fiant corpus Christi, si volunt vivere de Spiritu Christi. (...) Accedat, credat ut incorporetur, ut vivificetur. Non abhorreat a compage membrorum, non sit putre membrum quod resecaere mereatur, non sit distortum de quo erubescatur: sit pulchrum, sit aptum, sit sanum; haereat corpori, vivat Deo de Deo: nunc laboret in terra, ut postea regnet in coelo*”.

³¹ Cf. P.-M. Hombert, *Nouvelle recherches...* 503.

³² *en. Ps.* 78, 2. CCL 39, 1099/31-36: “*Hinc etiam illi post eius resurrectionem, quorum die uno tria, et alio quinque millia baptizati sunt, in animam unam et cor unum caritatis igne conflati; quorum nemo dicebat aliquid proprium, sed erant illis omnia communia: hinc sancti diaconi, quorum Stephanus ante Apostolos martyrio est coronatus*”.

³³ Cf. P.-M. Hombert, *Nouvelle recherche...* 227.

tan importante en su propio concepto de tiempo³⁴, donde es preciso dejar lo que queda atrás para extenderse hacia el futuro, hacia Dios, hacia el reino de los cielos:

Que Dios nos libre de esta multiplicidad de pensamientos; que nos eleve hacia el único para ser en él uno fuera de la multitud. Sople sobre nosotros el fuego de la caridad para perseguir la única cosa con un solo corazón, no sea que, despistados en muchas otras, decaigamos de ella y, abandonada esa única cosa, nos dispersemos en la multiplicidad. De esta única cosa hablaba el Apóstol cuando decía: *Hermanos, yo mismo no pienso haberla alcanzado. ¿Qué? Pero una sola cosa. ¿Cuál? Olvidando las cosas de atrás y en tensión hacia lo que está delante*³⁵.

Después del *De Trinitate*, el verbo *conflo* vuelve a aparecer con un sentido eminentemente monástico en una de sus últimas obras. Se trata de un texto sumamente rico e interesante, donde san Agustín, en polémica con el obispo arriano Maximino³⁶, hacia el 427 o 428³⁷, le hace ver que las tres personas de la Trinidad son una sola sustancia, un solo Dios. Para demostrar que de muchas personas se puede hacer una sola realidad, señala el ejemplo de la primitiva comunidad de Jerusalén. Aquí se daría un ejemplo inverso al seguido hasta el momento: del prototipo se pasa al arquetipo, del modelo de la unidad en la primitiva comunidad al de la unidad en la Trinidad. De hecho, en la *Conlatio cum Maximino*, el verbo *conflo* será usado en varias ocasiones para hablar de la fusión, de la unión de las tres personas en la Trinidad³⁸.

Como hemos visto en las obras anteriores, san Agustín usaba este verbo para hablar de la unidad dentro de la comunidad monástica, de la fusión de mentes y corazones por el fuego del amor. En esta obra, del prototipo se pasa al arquetipo, se usa un verbo que era propio de la descripción del prototipo, de la comunidad de Jerusalén, para hablar de la unidad dentro del arquetipo, es decir de la Trinidad. El rico texto del anciano Agustín es el siguiente:

Pues si las almas de muchos hombres, recibido el Espíritu Santo y en cierto modo fundidas por el fuego de la caridad (*conflatae ignis caritatis*), formaron una sola alma, de la

³⁴ Cf. *conf.* 11, 39.

³⁵ s. 284, 4. PL 38, 1290/44-53: “*Liberet nos Deus ab ista multitudine cogitationum humanarum, et liberet nos ab uno, ut simus in illo unum ex multitudine. Confllet nos igne caritatis, ut uno corde sequamur unum, ne in multa decidamus ex uno, et in multis dispergamur relicto uno. De hoc enim uno Apostolus loquebatur, cum diceret: Fratres, ego me ipsum non arbitror apprehendisse: quid? Unum autem: quid unum? Ea quae retro sunt oblitus, in ea quae ante sunt extentus, sequor*”.

³⁶ Maximino había nacido hacia el 360-365. Fue un representante de gran importancia para el arrianismo occidental. Tuvo alguna discusión con Ambrosio y, al final de la vida del obispo de Hipona, también con san Agustín. Había llegado al norte de África como parte del séquito de Sigisvulto, el nuevo conde enviado por Rávena contra Bonifacio, y ejercía el papel de lo que hoy sería el ‘capellán militar’ de las tropas arrianas. Se le atribuye un comentario al evangelio según san Mateo. Cf. J. M. Hanssens, “Massimo il Visigoto”: *La Scuola Cattolica* 102 (1974) 475-514; M. Meslin, *Les Ariens d’Occident 335-430*, Paris 1967, 92- 250; G. M. Vian, “Predicazione e esegesi nell’arrianesimo latino: la raccolta di Verona»: *ASE* 11 (1994) 533-544; Id., “Ortodossia ed eresia nel IV secolo: la cristologia dei testi ariani di Verona”: *Augustinianum* 35 (1995) 847-858.

³⁷ Cf. O. Perler, *Les voyages de saint Augustin*, Paris 1969, 385-386.

³⁸ Cf. *conl. Max.* 14, 12; 15, 22.

que dice el Apóstol: *tenían un solo corazón y una sola alma* (Hch 4, 32), de tantos corazones, de tantos miles de corazones, la caridad del Espíritu Santo (*caritas Spiritus Sancti*) hizo un solo corazón (*unum cor*); de tantos miles de almas dijo el Espíritu Santo que eran una sola alma, pues él las hizo una sola alma (*unam animam*); ¿no diremos con mayor razón que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, siempre unidos entre sí y de un modo inseparable por la caridad inefable, son un solo Dios?³⁹.

Este texto, por encontrarse en un contexto polémico, puede considerarse como un caso particular por el hecho de que san Agustín cita el texto de Hch 4, 32 sin el añadido tan querido para él de *in Deum*, muy posiblemente por encontrarse en el contexto de una polémica, y para evitar que su contrincante pudiera refutarlo diciendo que el texto aducido no era un texto fiel al libro de los Hechos de los Apóstoles. Lo importante de este texto es que vuelve a aparecer la fuerza del fuego del Espíritu Santo, de su amor, que es el que funde las almas y los corazones de los hermanos para poder formar la comunión y la unidad en la comunidad.

V. EL LIBRO VI DEL *DE TRINITATE*

El libro VI del *De Trinitate* se inserta en lo que comúnmente se ha reconocido como el penúltimo libro de la primera parte de esta obra, en donde san Agustín no ha comenzado aún a presentar sus famosas trinitades psicológicas, como una exposición dirigida a los *tardiores*⁴⁰, a quienes, sin conocer la fe cristiana, deseaban acercarse al misterio trinitario y, por ello, san Agustín lo explica de tal forma que puedan hallar una explicación en el hombre exterior e interior.

El libro VI se abre dando voz a la polémica arriana y retomando un texto que los arrianos interpretaban erradamente para negar la divinidad de Cristo. Se trata de 1 Cor 1, 24, en donde san Pablo afirma que Cristo es “la Fuerza de Dios y la Sabiduría de Dios”⁴¹. Los arrianos, a partir de este texto, señalaban que Dios no era la fuerza ni la sabiduría, sino quien engendraba la fuerza y la sabiduría. A este argumento unían el pensamiento de Arrio, quien decía que: “Si Cristo es Hijo, ha nacido; y si nació, hubo un tiempo en que no existió el Hijo”⁴². A estas ideas arrianas, san

³⁹ *conl. Max.* 12. CCL 87A, 397/21-27: “*Si enim animae multorum hominum accepto Spiritu Sancto et quodam modo conflatae igne caritatis unam animam fecerunt, de qua dicit apostolus: Erat enim eis anima et cor unum: tot corda, tot millia cordium, unum cor fecit caritas Spiritus Sancti; tot millia animarum unam animam dixit Spiritus Sanctus, quam ipse unam animam fecit: quanto magis nos unum Deum dicimus, semper sibi invicem et inseparabiliter et ineffabili caritate cohaerentes Patrem et Filium et Spiritum Sanctum?*”.

⁴⁰ Cf. *trin.* 1, 3, 6; 10, 12, 19.

⁴¹ De hecho, se trata de un texto muy importante para san Agustín, pues es el primer texto paulino que encontramos en su primera obra, el *Contra Academicos* –*Acad.* 2, 1, 1: CCL 29, 18/24-26: “(...) *si modo dignus sim qui impetrem, quotidianis votis auras tibi prosperas orare non cesso; oro autem ipsam summi Dei Virtutem atque Sapientiam (cf. 1 Cor 1. 24). Quid est enim aliud, quem mysteria nobis tradunt Dei Filium?*”–.

⁴² *trin.* 6, 1. CCL 50, 228/11: “*Si filius est, natus est. Si natus est, erat tempus quando non erat filius*”.

Agustín contrapondrá un razonamiento sencillo. Dios nunca ha estado sin su fuerza, ni sin su sabiduría, por lo que quien es la Fuerza y la Sabiduría de Dios es coeterno con Dios, por lo que el mismo Cristo es Dios:

Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios. Es demencia afirmar que Dios careció algún tiempo de poder y de sabiduría. Luego no hubo tiempo en que el Hijo de Dios no existiera⁴³.

Posteriormente san Agustín señala que todo atributo que atañe a la sustancia les compete tanto al Padre como al Hijo, mientras que los elementos relativos les conciernen a cada una de las personas divinas. Es precisamente en esta exposición donde aborda el texto de Jn 17, 11 y la lectura que hay que hacer del mismo. En este texto Cristo pide al Padre, dentro de la oración sacerdotal, que los discípulos sean uno, como Cristo es uno con el Padre.

San Agustín se vuelve a preguntar en este libro sobre la lectura correcta del versículo, y señala de *nuevo*, como ya lo había hecho en el libro IV⁴⁴, que Cristo no pide que los discípulos sean uno con la Trinidad, en el sentido de que puedan tener la misma sustancia que ella, sino que pide que los discípulos y la Trinidad puedan tener un mismo espíritu. Hace esta interpretación leyendo el texto de Jn 17,11 con el texto de 1 Cor 6, 17 (“El que se une al Señor se hace un solo espíritu”). En el libro IV había hecho la lectura de este texto apelando a la voluntad, al afecto (corazón)⁴⁵; ahora en este libro hace referencia al espíritu:

Y el que se allegue a Dios, prosigue, es un espíritu (1 Cor 6, 17). No dice: “Es uno”, o “Son uno”, sino que añade: “Un espíritu”. Diversos son por naturaleza el espíritu del hombre y el espíritu de Dios; mas, al fundirse, forman un espíritu integrado por dos diversos⁴⁶.

Y la conclusión que señala san Agustín es importante. El espíritu de Dios es pleno y feliz en sí mismo, mientras que el espíritu del hombre no puede ser feliz en sí mismo, sino *ex ipso, per ipso et in ipso*⁴⁷ (de Dios, por Dios, en Dios).

Posteriormente insiste en el argumento que ya había presentado en el libro IV, sobre la diferencia que existe entre predicar algo de la sustancia de Dios, elemento que atañe a todas las personas de la Santísima Trinidad, o bien decir algo en términos relativos, cuestión que pertenece a cada una de las personas.

En vista de la importancia que el texto de Jn 17, 11 tiene dentro del *De Trinitate* para presentar la fusión de las mentes y corazones en Dios para ser uno,

⁴³ *trin.* 6, 1. CCL 50, 228/20-22: “*Christum Dei virtutem et Dei sapientiam; et Deum aliquando non habuisse virtutem aut sapientiam, dementis est dicere. Non igitur erat tempus quando non erat Filius*”.

⁴⁴ Cf. *trin.* 4, 9, 12.

⁴⁵ Cf. *trin.* 4, 9.

⁴⁶ *trin.* 6, 3, 4. CCL 50, 232/17-23: “*Qui adhaeret, inquit, Domino unus spiritus est. Non dixit ‘qui adhaeret Domino unus est’, aut ‘unum sunt’, sed addidit spiritus. Diversum enim natura spiritus hominis et spiritus Dei, sed inhaerendo fit unus spiritus ex diversis duobus*”.

⁴⁷ *Idem.*

investigaremos a continuación su presencia en otras obras agustinianas para advertir la continuidad del pensamiento agustiniano relativo a la comunión dentro de la comunidad monástica.

VI. EL TEXTO DE JN 17, 11 DENTRO DE LOS *IO. EU. TR.*

El texto de Jn 17, 11 será abordado por san Agustín particularmente como parte de un florilegio de textos antiarrianos. Así lo hemos visto dentro del libro VI del *De Trinitate* y lo podemos ver también en las numerosas referencias a dicho texto al final de su vida en la polémica con Maximino, tanto en el *contra Maximinum* como en la *Conlatio cum Maximino*.

No obstante, en el comentario al evangelio según san Juan, en el *tractatus* 110, escrito un poco después del libro VI del *De Trinitate*, hacia el 420⁴⁸, san Agustín nos propone interesantes pistas para nuestra reflexión en torno a la unidad y a la construcción de la comunión dentro de la comunidad. En primer lugar, señala que la petición de Cristo de que los discípulos sean uno en Dios y en el Hijo solo se podrá lograr cuando los creyentes hayan llegado a la meta de la peregrinación en el reino de los cielos, donde se dará no solo la comunión y la unidad perfecta, sino también la paz plena como premio de la fe:

Que también esos mismos sean en nosotros uno, ha añadido: *Para que el mundo crea que tú me enviaste. ¿Qué significa eso? ¿Tal vez el mundo va a creer precisamente cuando en el Padre y en el Hijo seamos todos uno? ¿No es esto la paz perpetua y la paga de la fe más bien que la fe, pues seremos uno no para que creamos, sino por haber creído?*⁴⁹.

De hecho, en este texto san Agustín acentúa la importancia de la fe en la edificación de la unidad en la comunidad. Es la fe común por la que creemos en un solo Dios la que nos hace ser uno, la que nos concede la unidad:

Pues en Cristo Jesús todos vosotros sois uno, todos los que a causa de esa misma fe común creemos en el Único somos en esta vida *uno*, aun así, somos *uno* no para que creamos, sino porque creemos⁵⁰.

Se trata, en primer lugar, de un asentimiento que nos da un asentamiento dentro de la comunidad y que hace de una pluralidad de hermanos una sola cosa, una sola realidad. La comunión tiene como punto de partida una vida de fe, en donde es preciso ver no solo con los ojos de la carne, sino con los ojos del corazón⁵¹, creyendo

⁴⁸ Cf. M.-F. Berrouard, "La date des Tractatus I-LIV in Iohannis Evangelium de saint Augustin": *Recherches augustiniennes* 7 (1971) 105-168.

⁴⁹ *Io. eu. tr.* 110, 2. CCL 36, 622/1-6: "*Ut et ipsi in nobis unum sint, adiunxit: Ut mundus credat quia tu me misisti. Quid est hoc? Numquidnam tunc crediturus est mundus, quando in Patre et Filio unum omnes erimus? Nonne ista est pax illa perpetua, et potius fidei merces quam fides? Unum enim erimus, non ut credamus, sed quia credidimus*".

⁵⁰ *Io. eu. tr.* 110, 2. CCL 36, 622/8-10: "*Omnes enim vos unum estis in Christo Iesu; etiam sic non ut credamus, sed quia credimus*".

⁵¹ Cf. *doctr. chr.* 4, 5, 7.

firmemente en el Dios Trinidad, pero también en el Dios que inhabita en medio de la comunidad, que queda convertida en templo de Dios, como hemos comentado anteriormente.

Una fe que implica superar los elementos intelectuales y teóricos para manifestarse sobre todo en la vivencia del misterio pascual en la vida de todos los días. El camino de fe implica muerte y resurrección, como lo supone también la construcción de la comunión en la comunidad. Es preciso morir al yo para que pueda nacer el nosotros. San Agustín recuerda continuamente la primacía del misterio pascual en la vida del creyente y, por lo tanto, también en la vida del religioso. Solo quien vive su fe como una participación pascual con Cristo, muriendo y resucitando, puede edificar la comunión en la comunidad:

Si quieres poseer la altura de la cruz, reconoce lo que escuchas y dónde lo escuchas: «¡En alto el corazón!». ¿Qué significa eso? Pon allí tu esperanza y tu amor; busca allí la fuerza, espera de allí la recompensa⁵².

Por otro lado, cabe destacar que, para san Agustín, la fe no solo se vincula a los elementos intelectuales y a las verdades de la fe, sino también a la caridad. La fe solo se dinamiza por medio de la caridad. San Agustín cita en numerosas ocasiones el texto de Gál 5, 6: “La fe que obra por medio del amor”⁵³. Lo que crea la unión entre los hermanos no es solo la ortodoxia de la fe, o el vivir el misterio pascual de manera descarnada, sino, ante todo, la caridad. Este mismo texto desemboca en la caridad. No es posible conseguir una unión que sea verdaderamente una manifestación de una profunda comunión en Cristo si no hay caridad y si no se recibe la fuerza de la gracia de Dios.

De hecho, san Agustín, en la conclusión de su comentario a Jn 17, 11 (*ut omnes unum sint*), señala estos dos elementos: vivir la perfecta unión y edificar la perfecta comunión, que implica tener una caridad fidelísima (una caridad llena de fe) y una consciencia de que el proceso de la unidad y de la comunión no es fruto de los esfuerzos humanos, sino que es una obra de la gracia de Dios. Así lo señala en este rico texto:

“Ruego que todos sean uno como tú, Padre, en mí y yo en ti” (...). Sin duda, precisamente para que supiéramos que el ser hechos uno por la fidelísima caridad ha de atribuirse a la gracia de Dios, no a nosotros, ha añadido lo que ha dicho “en nosotros”, como el Apóstol, tras haber dicho: “Pues antes fuisteis tinieblas; ahora, en cambio, luz”, para que no se atribuyeran esto, afirma y ha agregado “en el Señor” (Ef 5, 8)⁵⁴.

⁵² s. 165, 4. PL 38, 904/50-53: “*Si autem vis habere crucis altitudinem, nosce quid audias, et ubi audias: Sursum cor. Quid est: Sursum cor? Ibi spera, ibi ama: inde pete virtutem, ibi exspecta mercedem*”.

⁵³ *exp. Gal. 42; c. Faust. 19, 27; trin. 13, 5; 15, 32; f. et op. 31, et al.*

⁵⁴ *Io. eu. tr. 110, 2. CCL 36, 623/41; 44-48: “Rogo ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te: (...) ut quod unum efficitur fidelissima caritate, gratiae Dei noverimus tribuendum esse, non nobis: sicut Apostolus cum dixisset: Fuiistis enim aliquando tenebrae, nunc autem lux, inquit; et ne sibi hoc tribuerent, adiecit, in Domino”.*

Este texto nos recuerda el famoso comentario al salmo 132 del año 407⁵⁵, donde vuelve a acentuar, unos quince años antes del *Io. tr. eu.* –antes de que comenzara con toda su virulencia la polémica pelagiana–, que la comunión dentro de la comunidad no es obra de los hombres, sino fruto de la gracia de Dios, que el mismo Dios Trinidad concede a aquellos hermanos que se comprometen en la edificación de la comunión y que, por otro lado y sobre todo, oran para que el Señor les conceda dicho don.

En la actualidad, frente al peligro del neopelagianismo⁵⁶, en donde se puede llegar a creer que todo es fruto del esfuerzo y de la inteligencia del hombre, es preciso recordar que la comunión en la comunidad no será el fruto de cursos, dinámicas humanas, ni de experiencias religiosas. Todas estas herramientas humanas son un simple apoyo, pero nunca serán una panacea. La comunión comunitaria va más allá de estos recursos *ready-made*, o de un acto de birlibirloque; es un don de Dios que es preciso pedir con humildad en la oración:

Todos los que deseáis habitar en unión, ansiad este rocío (la gracia de Dios); se os llueva de aquí (desde Cristo). De otro modo no podréis cumplir lo que profesáis, ni podréis atreveros a prometer, a no ser que él hubiere dejado oír su voz; ni podréis permanecer si os falta su alimento o ayuda, pues su alimento descende sobre los montes de Sion (los montes de Sion representan a la Iglesia)⁵⁷.

Por todo ello, poder vivir la comunión dentro de la comunidad a imitación de la Trinidad, la comunidad perfecta y arquetipo de toda comunidad, implica reconocer su dimensión de reto por construir; pero, sobre todo, su dimensión de don gratuito de Dios.

CONCLUSIÓN

El texto de Jn 17, 11 será muy importante para san Agustín, no solo dentro de la polémica antiarriana al final de su vida, y en particular en su discusión con el obispo

⁵⁵ Cf. S. Poque, “Trois semaines de prédication à Hippone en février-mars 407. Le Tractatus in Iohannis Euangelium XI et l'appel aux catéchumènes”: *Recherches augustiniennes* 7 (1971) 169-187.

⁵⁶ Cf. Papa Francisco, “Encuentro con los participantes en el V Congreso de la Iglesia italiana (Florencia, 10 de noviembre de 2015): *AAS* 107 (2015) 1288; CDF, *Carta Placuit Deo*, núm. 3: “El Santo Padre Francisco, en su magisterio ordinario, se ha referido a menudo a dos tendencias que representan las dos desviaciones que acabamos de mencionar y que en algunos aspectos se asemejan a dos antiguas herejías: el pelagianismo y el gnosticismo. En nuestros tiempos, prolifera una especie de neo-pelagianismo para el cual el individuo, radicalmente autónomo, pretende salvarse a sí mismo, sin reconocer que depende, en lo más profundo de su ser, de Dios y de los demás. La salvación es entonces confiada a las fuerzas del individuo, o las estructuras puramente humanas, incapaces de acoger la novedad del Espíritu de Dios”.

⁵⁷ *en. Ps. 132, 11. CCL 40, 1934/22-26: “Sed quicumque vultis habitare in unum, optate rorem istum, compluimini inde. Alioquin non poteritis tenere quod profitemini, nec profiteri audere poteritis, nisi ille intonuerit; nec permanere poteritis, nisi eius sagina non desit vobis: ipsa enim sagina descendit super montes Sion”.*

arriano Maximino, sino que ocupa un puesto importante en su reflexión trinitaria orientada a la comunidad y la comunión que debe existir dentro de ella. San Agustín, a lo largo de su itinerario vital y teológico, descubre que el arquetipo de la comunidad no es la primitiva comunidad de Jerusalén que nos presentan los Hechos de los Apóstoles en sus sinopsis, particularmente en el capítulo cuarto (cf. Hch 4, 32), ni tampoco el ideal de una pobreza desencarnada que presentaba el texto antoniano de Mt 19, 21, sino que es la Trinidad.

Por ello, el texto de Hch 4, 32, con toda la importancia que tiene en el pensamiento agustiniano, reflejará lo que hemos denominado el ‘prototipo’ de comunidad y comunión; es decir, el primer modelo humano de lo que es el ‘arquetipo’, ideal y modelo supremo de la comunión que no es otro que la Trinidad.

Dentro de esta aplicación de las características del arquetipo trinitario a las comunidades humanas, ocupa un lugar importante el texto de Jn 17, 11 y la lectura que san Agustín hace del mismo. Aunque el texto solo aparece dos veces en el *De Trinitate*, la reflexión propuesta por san Agustín es sumamente rica y nos abre a una reflexión comunitaria que se extiende más allá del *De Trinitate*.

La idea esencial de la comunión manifestada en este texto se muestra sobre todo en tres elementos. En primer lugar, en la importancia que tiene la unidad dentro de toda comunidad. Se trata de una unidad que no es sustancial, como sucede dentro de la Trinidad, sino que es una unidad de voluntades o afectos que une a la comunidad local con la Trinidad, como expone en el libro IV del *De Trinitate*. No obstante, el pensamiento agustiniano va más allá, y por ello señala en el libro VI que la unión se da no solo a nivel de voluntades o de afectos en Dios, sino también a nivel de espíritu. Se trata, en resumen, de tener un solo corazón y una sola alma, como señala el ideal del texto de los Hechos de los apóstoles. De este modo, la unión de afectos en un mismo espíritu refleja la comunión de la comunidad con su arquetipo, la Santísima Trinidad.

Un segundo elemento destacable es que esta unión que conduce a la comunión se produce por el fuego de la caridad que funde (la importancia del verbo *conflo*) las almas y los corazones de quienes forman una comunidad, para hacer de ellos una sola realidad que se oriente hacia Dios. San Agustín insiste no solo en el *De Trinitate*, sino en otras obras de diversos periodos y contextos, en la fuerza unitiva y fundente de la caridad. Es un fuego que debe quemar las diferencias y amalgamar en un solo espíritu y en un solo corazón a quienes forman parte de una comunidad, logrando de esta manera la plena comunión entre ellos y entre la comunidad y su arquetipo, el misterio de la Trinidad.

Finalmente, un tercer elemento es que la comunión y esta fusión de almas y corazones no es fruto del esfuerzo humano, sino que es un don de Dios, una dádiva de la gracia divina. Por ello es preciso que quienes quieren vivir en comunión dentro

de la comunidad oren y pongan todo de su parte para que Dios les conceda la ‘lluvia de su gracia’, pues solo con ella pueden florecer las semillas de la comunión.

Si el grabado de Bolswert presentaba a san Agustín absorto en la meditación del misterio de la Trinidad, hasta el punto de no percatarse de la presencia de la viuda que lo importunaba, que la meditación del misterio de la Trinidad y la oración confiada y fiel dirigida al Dios trino nos obtengan vivir en comunión en nuestras comunidades con una sola alma y un solo corazón dirigidos hacia Dios, a pesar de las dificultades y las tentaciones del mundo contemporáneo que nos rodean y acosan, como la viuda que importunaba a nuestro santo.

FR. ENRIQUE A. EGUIARTE B.
Institutum Patristicum Augustinianum
Instituto de Agustinología OAR
(Roma)



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA